

El Origen de un Inmortal

Diego Alfonzo Hurtado Medina

Copyright 2017 Diego Alfonzo Hurtado Medina

Vectores de portada:

Kjpargeter - Freepik.com

Laphotospot - Vecteezy.com

Licencia de uso

Se permite su reproducción, copia y distribución con fines no comerciales, siempre y cuando el libro se haga de manera integral. Gracias por tu apoyo.

Para Diosannyth, sin la cual
jamás me hubiese involucrado
en el mundo de la escritura.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. Brigid Andrianer](#)

[Capítulo 2. El forastero](#)

[Capítulo 3. Seth Dranier](#)

[Capítulo 4. Agradecimientos](#)

[Capítulo 5. El Inmortal](#)

[Capítulo 6. El duelo](#)

[Capítulo 7. Despedidas](#)

[Capítulo 8. La Muralla Verde](#)

[Capítulo 9. Los Desertores](#)

[Capítulo 10. Anaer](#)

[Capítulo 11. La petición](#)

[Capítulo 12. Un rostro ambivalente](#)

[Capítulo 13. Inconvenientes](#)

[Capítulo 14. El prisionero](#)

[Capítulo 15. Kan](#)

[Capítulo 16. Un enemigo en común](#)

[Capítulo 17. En defensa de Kan](#)

[Capítulo 18. La lucha por el pueblo](#)

[Capítulo 19. El orgullo de un padre](#)

[Capítulo 20. El secreto de Iris](#)

[Capítulo 21. Inferus](#)

[Capítulo 22. La emboscada](#)

[Capítulo 23. Disturbios](#)

[Capítulo 24. La intervención de los Inmortales](#)

[Capítulo 25. La tarea de Dadne](#)

[Capítulo 26. Conflictos](#)

[Capítulo 27. Acciones necesarias](#)

[Capítulo 28. Águilas rojas](#)

[Capítulo 29. Cara a cara](#)

[Capítulo 30. Resoluciones](#)

[Capítulo 31. Traición](#)

[Capítulo 32. A los pies de Arkán](#)

[Apéndice](#)

Prólogo

La lluvia comenzaba a amainar. El suelo adoquinado se cubrió con una fina capa de agua que hizo ser precavido a más de un espectador, de manera que a la hora de dar un paso eran sumamente juiciosos. La enorme explanada frontal al palacio real se había llenado de habitantes ansiosos. Incluso aristócratas de alto nivel, incluida parte de la familia real, estaban presentes aquella tarde. La muchedumbre se agolpaba en frente del cadalso, en dos enormes masas divididas en el centro por una distancia de aproximadamente dos metros, las cuales eran controladas por grupos de soldados preparados para cualquier eventualidad. Ni la inclemente lluvia había sido capaz de ahuyentar a los numerosos testigos.

El cielo mostraba un aspecto lúgubre, con numerosos nubarrones que cubrían casi en su totalidad al sol. El aire que se respiraba presentaba ese envolvente aroma a lluvia que agrada a más de uno. El ambiente era fresco, provocando que la espera fuera más llevadera. Los presentes murmuraban toda clase de suposiciones acerca de cómo lucirían aquellos criminales; algunos decían que mostrarían un aspecto demoníaco, con grandes garras y mandíbulas, mientras otros sugerían que asimilarían a espectros.

Entre las dos masas de gente apareció entonces un hombre sumamente bajo, con cabello largo y oscuro atado hacia atrás, formando una cola de caballo; poseía, además, una inusual nariz que a punto estaba de ser totalmente redonda. El hombre sostenía con su mano derecha un yelmo, y vestía una rutilante armadura plateada, rematada con una larga capa dorada que iba desde sus hombros hasta la parte trasera de las rodillas; ésta tenía empastada un águila roja, símbolo de los Inmortales, y de la imponente ciudad de Karián.

Detrás de él, aparecieron cuatro hombres de diversos tamaños, ataviados, todos, con armaduras plateadas y lustrosas que lucían el símbolo de la ciudad pintado en el peto. Estos traían a tres prisioneros encadenados. El primero de ellos era un hombre moreno con el rostro demacrado y rasgos frágiles, además de una cabellera larga y descuidada; parecía haber atravesado mejores momentos, y las marcas de su cuerpo esbelto indicaban que había pasado mucho tiempo luchando. Detrás de él venía otro hombre, con rasgos faciales bastante más delicados y piel mejor cuidada, aunque también moreno y con cabellera larga y oscura; era bien parecido, e incluso en un momento aciago como aquel, su rostro parecía esbozar una sonrisa; era bastante fornido, y más alto que el primero de los prisioneros. Por último una mujer de menor tamaño, con cabello castaño y ondulado, además de unos hermosos ojos verdes; su rostro estaba sucio, además su expresión indicaba cansancio y abatimiento.

Un hombre enjuto con una barbilla triangular esperaba encima del cadalso; se aclaraba la garganta y parecía hablar ocasionalmente consigo mismo, probablemente practicando su discurso, después de todo era el heraldo encargado

de presidir la ejecución. Como tal, vestía con una túnica púrpura con bordados blancos en las mangas.

Al cabo de unos segundos, los prisioneros subieron al cadalso, y los soldados que los habían escoltado se encargaron de colocarles sogas alrededor de los cuellos; el hombre de la capa dorada permaneció de pie sobre el último escalón de la escalera lateral del tablado, con una mirada impasible y una postura que emanaba orgullo; orgullo por su honrosa victoria.

La plataforma era amplia, y disponía a los tres prisioneros en una fila a la vista de todos. El trío, como era de esperar por su condición física, no opuso ningún tipo de resistencia, sino que parecían aprovechar aquellos últimos momentos para reflexionar internamente.

—Nos han vencido. Éste es nuestro fin —dijo con tono nostálgico el segundo prisionero a sus compañeros, quien comenzó a revolverse algo inquieto.

—Así es, Tristán. Fue un honor haber luchado a tu lado. —Volteó a ver a la mujer— Lo mismo te digo a ti, Eleanor, y no sólo por tu hermosura —el hombre esbozó una pequeña sonrisa; se esforzó por disimular su temor.

La mujer respondió con una sonrisa que no lograba ocultar la tristeza de sus ojos. Era una mujer bastante atractiva, incluso bajo aquellas desconsoladas expresiones y descuidados ropajes.

—Desearía que todo hubiese acabado de otra manera —bajó el rostro. Su voz era tenue y dulce. A pesar de su abatimiento, la mujer no se permitió sollozar.

—Como todos, pero te aseguro que Irna y Luthier seguirán con la causa. ¿No es así, Rayloth? —agregó el segundo prisionero.

El susodicho había sido colocado en el centro, como si fuese la atracción principal de aquella ejecución; su rostro demacrado se tornó pensativo.

—No lo creo —su voz fue tajante, como si se dispusiera a erradicar cualquier remanente de esperanza que quedara en sus compañeros; no fue algo que disfrutó, pero sí que consideró necesario debido a lo fatídica que era su situación.

Eleanor dio un respingo; sintió como la áspera sogá le rozó el cuello. Tristán se mostró desconcertado, no obstante se debió más al hecho de que su compañero no apoyara su intención de levantar el ánimo a Eleanor que al comentario en sí.

El enjuto heraldo pasó al frente del cadalso, observando los tablones de madera bajo sus pies en cada paso que daba, procurando no resbalar debido a la húmeda superficie. Se irguió y levantó la cabeza antes de hablar.

—Por orden del Rey Arián Sandraer, y de los nobles jueces de Karián, se les ha condenado a muerte en la horca, por los crímenes de sedición, asesinato, e intento de regicidio —su voz era ceremonial y contaba con una proyección impresionante—. Eleanor Neeria, Haran Rayloth, Tristán Davida, ¿tienen alguna última palabra?

Se percibió el bullicio de la multitud, que desaprobaba que aquellos brujos tuviesen oportunidad alguna de cualquier clase de reacción u opinión; algunas personas lanzaron objetos y otros comenzaron a proferir improperios y protestas.

—¡Ejecútenlos!

—¿De verdad piensan dejarlos hablar? ¡Asesínenlos!

—¡Vamos, acaben con esto!

Rayloth volteó a ver al hombre que esperaba a un costado del cadalso, en los escalones que se usaban para subir a la plataforma. Era un hombre interesante, pues, además de ser el captor de sus dos compañeros, y cabeza de la escolta que los llevó a su ejecución, también parecía ser alguien con quien hubiese mantenido interesantes conversaciones; se trataba de Mark Esael, un hombre culto según pudo percibir, fundador de los Inmortales. Luego observó a la multitud histérica; decidió que le correspondía decir unas palabras, y agradeció en su mente al Rey Sandraer por aparentar una condena justa y permitirles unas últimas palabras. No se movió pues la soga no se lo permitía.

—Gente de Karián, no nos teman, nuestros cuerpos están agotados y nuestras almas afligidas; hoy es el día en el cual los Desertores serán ejecutados —comenzó a decir, con un tono de voz que lucía reconfortado y vigoroso—. No obstante... ¡Teman a la tormenta que arrecia! ¡Teman al odio que está por ensombrecer este mundo, que están por esparcir en esta tierra! ¡Teman a los brujos, pues de momento sus voces se apagarán, pero sólo para regresar con más fuerza! ¡Desde hoy los Desertores no podrán dañarlos, pero tarde o temprano regresarán, y en ese momento cumplirán con la causa! —Su mirada se tornó agresiva y su voz remarcó con estrépito las últimas palabras— ¡Les demostrarán que semejante poder no puede ser contenido con cadenas!

Las voces de la muchedumbre se hicieron más fuertes, entremezclándose en una cacofonía ininteligible. La masa de presentes comenzó a agitarse; algunos empujaban a otros, y tampoco faltaban los que deseaban acercarse al cadalso, pero que no lo hacían debido al pavor que les provocaban los criminales, o a la imponente presencia de los soldados. El heraldo entró en pánico, luego observó a Mark Esael, buscando alguna indicación que lo sacara de aquel aprieto; éste, sin embargo, no hizo ademán de estar interesado en calmar a los asistentes.

El delgado heraldo hubo de decidir. Levantó la voz y, con esfuerzo, logró abrirse paso entre la marea de quejas e improperios, para terminar, de una vez por todas, aquel jaleo.

—Se proseguirá con la ejecución —hizo la señal al verdugo, colocado a un lado de Tristán. Sólo aquello pudo acallar a la multitud.

El verdugo movió una rígida palanca, provocando que el suelo debajo de los prisioneros cediera ante la presión, y éstos cayeran unos centímetros, antes de ser detenidos por la presión de las sogas sobre sus cuellos; sus cuerpos rebulleron en el aire, implorando por oxígeno, pero a la vez con orgullo. Los presentes observaban expectantes, y en absoluto silencio; a cada segundo, los prisioneros luchaban con menos brío, y poco a poco los ímpetus desaparecían.

Al cabo de unos segundos, los cuerpos desistieron y permanecieron inmóviles en el aire. Las sogas los mecían ligeramente, sin embargo, no era más que la inercia haciendo su trabajo. La ejecución había finalizado.

Irna lloraba desconsolada. Su pequeño amigo la abrazaba con fuerza, aunque esto no apaciguaba el desasosiego de la muchacha.

Ambos se encontraban en uno de los numerosos recodos desde los que se accedía a la explanada, a una considerable distancia de la multitud; el cadalso era visible desde ese lugar, y mientras los pobladores aclamaban a los Inmortales, e injuriaban a sus inertes compañeros, la pareja sollozaba. Deseaban haber podido intervenir, pero no había manera; la rebelión había acabado de la peor manera.

La muchacha era esbelta y pálida, con cabello castaño y ojos brillantes que, por primera vez en mucho tiempo, habían perdido el vigor. Las lágrimas anegaban su rostro demostrando la consternación que la invadía. Por suerte, aquella zona estaba vacía, puesto que su llanto habría llamado la atención de más de un curioso; era inusual una calleja vacía en Karián pero entendible debido a los eventos que acaecían.

—Es el fin, Luthier, se acabó —luchaba porque su voz no se quebrara. Apartó al hombre con un suave empujón.

El pequeño y enjuto hombre de cabello oscuro no intervenía, pues en su vida había aprendido que en una situación como aquella, lo mejor era permitir el desahogo del afligido. Observó el rostro de Irna, antaño immaculado, y ahora demacrado por la guerra; Luthier acariciaba su cabello castaño, pero el sollozo de la mujer no parecía atenuarse.

—Así es, no hay nada que podamos hacer, Irna. Es hora de seguir con nuestras vidas.

El enjuto y pequeño hombre lucía mucho mayor que un hombre de su edad, probablemente debido al desgaste de los últimos años. Su rostro era taciturno y dejaba ver que se sentía tan contrariado como su amiga. No era un hombre demasiado alto, lo que lo hacía lucir realmente frágil. Cualquiera persona que hubiese visto a la pareja no habría sospechado quiénes eran, pues, si se omitían las magulladuras y cicatrices, no parecían soldados o brujos, mucho menos Desertores.

Irna se enjugó el rostro, y luego se dispuso a hablar, aunque vaciló.

—Puedes decirme lo que sea, Irna, sabes que es así —le indicó Luthier.

—¿Crees que Rayloth tenga razón? ¿Crees que los brujos se levantarán nuevamente? ¿Crees que alguna vez podremos ser libres?

—Eso sólo el tiempo lo dirá —aquellas palabras no hacían más que enmascarar ante Irna una triste realidad.

Irna asintió, luego dio un abrazo a su amigo. Luthier siempre la había amado, de manera que no pudo evitar sentir un nudo en la garganta, pues sabía lo que ese momento significaba. Aquel día fue la ejecución de sus amigos, el fin de un sueño, el pago por sus pecados; pero además de todo lo anterior, era una despedida, la más triste de las despedidas. Probablemente nunca volvería a ver a Irna Karianer.

1. Brigid Andrianer

Las palomas alzaron vuelo alarmadas cuando percibieron a Brigid acercándose a gran velocidad. El sol era inclemente aquella tarde, sin embargo, la esbelta muchacha no mostraba signos de fatiga ni de molestia alguna pese a su larga carrera. Continuó avanzando a través de los estrechos callejones y atajos, ansiosa por llegar a la plaza del hermoso pueblo de Nido.

Nido no era un lugar excesivamente habitado. Sus casas eran mayormente construidas con ladrillos, además de coloridos techos de tejas. Sus calles alternaban entre piedras o adoquines, y tierra apisonada; todo dependía de lo concurrido que fuese la vía. Se trataba de un pueblo hermoso en el que ocasionalmente podías toparte con alguien a quien desconocías, debido a su nada desdeñable tamaño; eso sí, probablemente se trataría de un escurridizo oriundo, ya que Nido no atraía a muchos forasteros.

En el trayecto, Brigid observó numerosos establecimientos; desde serrerías hasta panaderías que impregnaban el aire con un dulce aroma. No obstante, apenas vio personas, probablemente porque era un día especial, pues se celebraba el festival de verano en el pueblo.

No le tomó mucho tiempo llegar a su destino. La plaza se constituía por una extensa y cuadrada explanada, empedrada en su totalidad y rodeada de casas austeras que parecían haber sido colocadas en ese lugar con el fin de establecer los límites del que era el núcleo comercial del pueblo. Allí se encontraba reunida la mayor parte de la población, además de mercaderes y algunos visitantes que disfrutaban del bazar. Distribuidos armoniosamente, se habían dispuesto cerca de veinte coloridos puestos en los cuales los encargados pregonaban sus productos. Tenderos y compradores regateaban, charlaban, sonreían e incluso, en algunos casos, discutían.

Como había vivido allí toda su vida, Brigid conocía a la gran mayoría de las personas reunidas. Desde Gin el panadero, un hombre gruñón y desagradable, hasta Maese Beiron, el amable posadero con quien Brigid había compartido en muchas ocasiones debido a la amistad de éste y su padre. Los presentes eran, en general, pálidas personas con camisas holgadas y remendados pantalones, en el caso de los hombres, y vestimenta mucho más variada en las mujeres, que lucían desde coloridas blusas hasta remendados vestidos privados de ornamentos. Los habitantes de Nido eran gente trabajadora, algo común en A'gilá, aunque últimamente los bandidos habían entorpecido esta virtud.

La joven no se detuvo en ninguno de los puestos pues decidió enfocarse en su cometido, y buscar entre la multitud a su viejo amigo Leonir Nolar. Deseaba escuchar las historias de cada uno de los extranjeros que observaba, sin embargo, el tiempo no la favorecía. Justo cuando sorteaba a algunos de los numerosos presentes, vio en uno de los puestos unos extravagantes y coloridos collares que le llamaron mucho la atención, en especial ya que no parecían autóctonos de Nido, o

tan siquiera de A'gilá; algunos consistían en pequeñas piezas imbricadas de distintos colores, mientras otros no eran más que hilos trenzados de formas inusuales y vistosas.

<<Han de ser de Brega, sólo ellos confeccionarían diseños tan extravagantes>> pensó.

Continuó sorteando y, ocasionalmente, empujando personas hasta que al fin reconoció a Leonir, o Leo como prefería decirle. Estaba de pie frente a uno de los puestos, observando algo que Brigid no alcanzaba a distinguir desde la distancia que mediaba entre ellos, sin embargo, notó que llevaba su amada petaca ajustada al cinturón, además de que iba vestido con una holgada camisa blanca y pantalones amplios. Al acercarse a él, le tocó el hombro y vio como éste se volteaba bruscamente.

La diferencia de tamaño entre ambos era evidente, y aunque Leo no era excesivamente alto, Brigid apenas le alcanzaba el cuello. El muchacho era leñador, por lo que su complexión era robusta; tenía espalda y hombros anchos, además los músculos de sus brazos estaban muy marcados. Su piel era tersa y de un color canela común en aquellas tierras, su cabello castaño y rizado, sin demasiado volumen y peinado hacia atrás, dejaba al descubierto su frente amplia y sus ojos azules. Leo tenía una longeva relación con Brigid, lo cual permitía que el muchacho confiara plenamente en ella; esto era inusual pues siempre había sido bastante suspicaz, un rasgo típico de su abuelo Loruan, el hombre que lo había criado.

—¡Vaya que has tardado! —exclamó sonriente el muchacho.

—Lo siento, lo había olvidado —se excusó Brigid con una sonrisa pícaro, y sin un ápice de remordimiento.

—No te preocupes. ¡Mira estos libros! Creo que te gustarán —dijo, señalando el puesto frente a él.

Brigid observó unos cuantos libros interesantes. “*Historias del rompimiento*”, “*Las aventuras de Mera*” o “*Días oscuros en Rosamorte*” eran sólo algunos de los gruesos ejemplares de aquella numerosa colección. El tendero era un hombre alto y delgado, quien parecía adolecer un viaje largo por su apariencia desprolija, pero que a pesar de esto no dejaba de esbozar una optimista sonrisa.

—¿No tendrá nada sobre Zafirda? —le preguntó Brigid.

—¡Por supuesto! ¿Ya has leído “*La Ciudad de la Paz*”? Fue escrito por un viajero que visitó aquellas lejanas tierras hace muchos años —aseguró el amable tendero mientras rebuscaba en la colección.

Brigid comenzó a negociar con el hombre, mientras Leo la esperaba tranquilamente, observándola con regocijo. Notó que, como era usual, la muchacha vestía un pantalón negro y una blusa azul; nada de faldas incómodas, o extravagantes vestidos.

Ellos dos se reunían a diario, siempre encontrando maneras de disfrutar el día. En su infancia solían correr sobre los techos del pueblo, y maquinan todo tipo de travesuras. Ahora en una edad más madura solían caminar o festejar, e incluso, en ocasiones, cazar. La chica solía tener problemas con su padre cuando hacía algo

peligroso, pero ella siempre lo ignoraba y convencía a Leo de realizar actividades que a ella le resultaban entretenidas, o que la alejaran de la monotonía de la vida en Nido. Eran numerosas las ocasiones en las que las acciones de la muchacha les habían ocasionado problemas a ambos, pero esto no molestaba a Leo pues él realmente la apreciaba, de manera que todos esos inconvenientes resultaban ínfimos.

Brigid siempre había intentado ser atrevida, lo que contrastaba con su frágil apariencia; era un chica delgada con piel blanca y tersa, cabello lacio y negro, además de pómulos prominentes y un pequeño lunar en su redonda barbilla; sus ojos eran marrones, y emanaban ese brillo propio de la juventud. Leo la detallaba constantemente, de manera que conocía incluso pequeños detalles de Brigid como que siempre usaba su plateado anillo en el anular izquierdo, o que su cuerpo, en especial su brazo derecho, poseía algunas marcas y magulladuras debido a las numerosas travesuras en su niñez y juventud.

Al terminar de negociar con el hombre se dirigieron a otros puestos y, una hora después, se marcharon.

Caminaron por el pueblo con tranquilidad, reparando en cómo los distintos herreros, carpinteros, panaderos y muchos de los pobladores en general, comenzaban a atrancar puertas y ventanas a pesar de que no comenzaba a anochecer siquiera.

—La gente está realmente atemorizada debido a Blain. Es un tipo peligroso — comentó desanimada Brigid.

—Es un brujo, así que tienes razón, es peligroso.

Motivados por la inseguridad que representan las callejas desiertas, apresuraron un poco el paso y llegaron a casa de la joven, una humilde vivienda separada del resto, con una pequeña fachada de ladrillo y una puerta de madera envejecida en el tope de una pequeña escalinata, además de amplios terrenos contiguos; detrás de la misma había un pequeño establo en construcción. Leo se despidió con premura, y luego comenzó a correr a su casa. Brigid en cambio pensó en quedarse afuera por un instante, observando las estrellas.

Se sentó sobre el suelo, con la espalda reclinada sobre la pared de la fachada. Comenzó a pensar en su hermano Aarón, pues hacía mucho que no recibía una carta de él; terribles suposiciones la alarmaban siempre que meditaba sobre el tema. Luego pensó en su padre, Sam Andrianer.

<<Debe estar con la patrulla, podría hacerle una visita>>

Aquello era cierto, su padre Sam había formado aquella patrulla desde que el rey, en la lejana capital llamada Karián, había dejado de prestar atención a los pueblos más recónditos de A'gilá, y por lo tanto los bandidos tenían vía libre para causar estragos. Brigid, no obstante, no se engañaba a sí misma, sus intenciones no eran simplemente visitar a su padre, sino que quería formar parte de aquella noble labor. No quería temer a los bandidos, ni a su líder Blain, y se había esforzado practicando esgrima por meses, de manera que ya no era una indefensa muchacha.

Por supuesto que a su padre esto no le parecía digno, y prefería que ella permaneciera en la seguridad de su casa junto a su madre.

Caminó un rato sobre la calzada, hasta que comenzó a ver el tope de la torre de vigilancia cercana al límite de Nido; allí debía estar su padre. La luz del día comenzaba a atenuarse así que Brigid apresuró el paso. Al cabo de unos minutos llegó al pie de aquella construcción. Se trataba de un puesto de vigilancia sencillo, construido con sólida madera en sus cuatros soportes, en la plataforma, e incluso en el techo triangular del mismo. Comenzó a subir por una frágil escalera colocada a un costado. Titubeó en numerosas ocasiones debido a que cada peldaño parecía más endeble que el anterior.

Dado que el pueblo carecía de murallas o cualquier protección semejante, la torre no era excesivamente alta; lo justo para despuntar sobre los techos de las casas y ver más allá de estos. Cuando su cabeza alcanzó la plataforma no vio a su padre, pero sí al vigilante de turno dormido en un pequeño banco de madera; además había dos botellas de licor vacías en el suelo. Apoyó las manos para concluir su escalada hasta el área de vigilancia, y reparó en que la superficie estaba pegajosa; probablemente se había derramado licor. Se sintió indignada y sintió deseos de dar una cachetada al enjuto y borracho vigilante, sin embargo, inhaló con fuerza para calmarse, acabó de subir y se dispuso a ver el paisaje.

Más allá del pueblo la vista era hermosa. Una inmensa y verde llanura se extendía allende Nido, con una amplia loma al norte, que Brigid había visitado ocasionalmente. Al este podía ver el inmenso Mar Plateado extendiéndose hasta perderse en el horizonte; según Brigid sabía, aquel nombre se originaba debido al aspecto que tomaba la masa de agua al anochecer. Y por último vio al oeste, donde, más allá de una zona verde y llana, estaba el denso bosque que los separaba de la mayor parte de A'gilá, conocido como la Muralla Verde por su forma angosta y larga de norte a sur; también se trataba del escondite de los bandidos de Blain.

No pudo evitar pensar en él, puesto que si era un brujo, ¿por qué no iban los Inmortales tras él? Todo aquello la confundía, dado que conocía a uno de ellos y éste parecía realmente comprometido con su consigna. Siguió sumida en sus cavilaciones hasta que en cierto momento pensó haber visto un bandido salir del bosque.

<<Debo estar delirando, nunca saldría un solo bandido sin apoyo; son unos cobardes>>

Se restregó los ojos, intentando discernir qué era lo que había divisado. Para su sorpresa, no deliraba, una persona había salido del bosque. De inmediato se inquietó y tocó la alarma, una escandalosa campana que colgaba bajo el techo de la torre. El soñoliento vigilante se despertó de golpe. Aquel constante tañido alarmó a algunas patrullas que pasaban cerca.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el sobresaltado vigía.

Brigid ignoró al irresponsable hombre y bajó rápidamente de la torre, sin apenas vacilar por la floja escalera. Se reunió junto a los grupos que habían acudido, y que ya se acumulaban al pie de la torre; en una de esas patrullas, de

tres hombres como máximo, vio a su padre. Sam era bajo y bastante blanco como ella, además compartía otros rasgos como su color de pelo y ojos.

—¿Hija, qué haces aquí? ¡Ve a refugiarte, alguien ha hecho sonar la campana! —exigió el alarmado padre.

—¡Yo lo hice! Tu magnífico centinela no hacía más que roncar —su sarcasmo era patente—. Iré contigo, vi al bandido y no es más que una persona; será pan comido.

Su padre hizo un gesto de disgusto, pero su hija ya era una adulta, o eso alegaba ella, y en Nido su edad implicaba cierta independencia. A Sam no le quedó otra opción más que ceder.

Siguiendo las indicaciones de Brigid, unas quince personas corrieron a la entrada del lado oeste del pueblo; allí vieron a un joven delgado, alto y de cabello castaño acercándose. Éste caminaba lentamente, con la mano derecha apretando su brazo izquierdo, rostro cabizbajo y diversas magulladuras. Llegó justo al lugar donde esperaban los hombres y allí, frente a ellos, se desplomó sobre el verde césped de la llanura.

2. El forastero

Gilda, la curandera del pueblo, permanecía ensimismada mezclando plantas y otros ingredientes que a Brigid se le hacían inusitados. La mujer era una jorobada anciana que poseía una cabellera canosa y ondulada, complexión frágil y una estatura similar a la de Brigid; su rostro era severo y rebosaba la experiencia obtenida mediante años de duro oficio en el pueblo de Nido. Según algunos rumores, su edad sobrepasaba los ochenta años, aunque Brigid dudaba de la veracidad de esas afirmaciones debido a la agilidad que exhibía a la hora de moverse.

Brigid permanecía sentada en un taburete con gesto pensativo, situada junto a un incómodo camastro con armazón de madera consumida por las termitas que la anciana usaba para sus pacientes y que, en esta ocasión, estaba ocupado por el extraño joven que apareció la noche anterior en Nido con numerosas heridas en el cuerpo. La muchacha comenzó a impacientarse pues, aunque ya era mediodía, aún no advertía ninguna reacción del desconocido de cabello castaño.

Ahora que se encontraba a escasa distancia, notó que el rostro del muchacho era fino, al igual que su barbilla, y rematado con una ancha mandíbula, además poseía una boca pequeña con un labio inferior prominente, una nariz delgada con un puente estrecho y el filtro muy marcado justo debajo. Era bastante alto, especialmente si era comparado con cualquiera de los presentes; asimismo era esbelto en la zona del abdomen, dando así la impresión de una espalda más ancha de lo que realmente era. Por último se percató del pequeño collar que usaba; se trataba de una pieza de plata con un medallón en forma de S.

El ambiente era tenso en la pequeña habitación. Brigid desaprobaba el hecho de que su padre hubiese asignado a dos miembros de la patrulla de Nido para vigilar al muchacho. Ella dudaba que fuese peligroso, sin embargo, su padre era el responsable de decidir sobre temas de seguridad en el pueblo, y dada la delicada situación con los bandidos, no podía confiar en que cualquier extraño era inofensivo sólo por el hecho de que estaba herido. Los dos vigías descansaban en sillas colocadas a ambos lados de la entrada de la habitación, vestidos con camisas blancas y pantalones remendados; uno de ellos dormía mercedamente luego de hacer guardia toda la noche. La habitación que Gilda usaba para la curación resultaba bastante incómoda a Brigid, pues era bastante pequeña y no sobraba el espacio, incluso tomando en cuenta que, a excepción de la cama, las sillas y la pequeña mesa donde Gilda mezclaba sus remedios, no había ningún otro mueble.

El convaleciente musitó entonces algunas palabras ininteligibles. Los presentes reaccionaron bruscamente; el vigilante de turno se levantó y zarandeó a su compañero, luego tomaron, como prevención, dos pequeñas lanzas que habían dejado reclinadas sobre la pared. Gilda dejó de preparar sus mezclas para concentrarse en el joven. Brigid en cambio acercó lentamente la cabeza y exclamó:

—¡Hola! Mi nombre es Brigid.

El muchacho intentó levantarse de la cama, sin embargo, el intenso dolor provocado por sus heridas lo hizo gemir, razón por la cual decidió permanecer sentado en el colchón del camastro. Observó a la joven, una esbelta muchacha con cabello oscuro y un pequeño lunar en la barbilla, luego miró en derredor. Los presentes se indignaron de la imprudencia de la chica, aunque no se impresionaron. Brigid en cambio aprovechó el momento para detallar los ojos color café del forastero.

—¡Hola, Brigid, yo soy Seth! —respondió alegremente el muchacho, con la correspondiente sonrisa de cortesía.

Gilda prosiguió con sus mezclas como si la voz del muchacho le hubiese dicho todo lo que necesitaba para confiar en él. La joven, en cambio, estaba ciertamente emocionada pues se trataba de una persona desconocida y quién sabe qué clase de historias podría contar. Entonces reparó en que la mano de Seth parecía estar completamente quemada.

—Tuve un accidente cuando era un niño —explicó el joven.

Brigid reaccionó y se ruborizó ligeramente; había observado la peculiaridad del joven sin ninguna clase de decoro.

Gilda apareció detrás de ella.

—¿Qué es lo que te ha pasado, chico? Estabas hecho un desastre —preguntó con discreción.

El muchacho colocó la mano derecha en la barbilla. Parecía intentar recordar.

—Recuerdo que atravesaba la Muralla Verde, pues me dirigía a Karián, entonces apareció un grupo de bandidos ¡Esos cobardes! —Su voz se tornó ligeramente agresiva— Los enfrenté pero eran demasiados. Ya pueden imaginar cómo terminó todo. —Hizo una ligera pausa—. Intenté encontrar ayuda y, sin percatarme de ello, terminé aquí.

—Pues en lo que a mí respecta has tenido mucha suerte, muchacho, es más que probable que se tratara de la banda de ese malnacido brujo, Blain —interrumpió uno de los vigilantes. Era patente la ira en su voz.

Seth bajó ligeramente la mirada. “*Brujo*”; aquella palabra lo inquietó.

—Nos importunan desde hace meses. Hemos intentado de todo para ahuyentarlos, pero nada parece funcionar —agregó Brigid con tono taciturno.

—¡Es suficiente! Hay que permitirle descansar, aún se ve agotado —exclamó imperiosamente Gilda.

Brigid intentó replicar, pero antes de hablar siquiera, la anciana le lanzó una dura mirada; decidió hacerle caso, pues era bien conocido en el pueblo que nadie salía bien parado después de replicar a Gilda. Resignada, se levantó del taburete y se dirigió a la puerta.

Seth y Brigid compartieron una mirada de curiosidad mientras ésta caminaba.

Una vez fuera, la muchacha se sorprendió al ver que detrás de ella se abría nuevamente la puerta de la casa de Gilda. Los custodios habían decidido retirarse,

o quizás la mandona anciana los había convencido de dejar en paz a Seth. No pudo evitar sonreír.

<<No parece un mal sujeto>> pensó.

Seth veía discretamente a Gilda, mientras ésta leía un libro de cubierta de cuero sin ningún tipo de rótulo. Ya había pasado cerca de una hora desde que Brigid se había retirado, y dado que la anciana curandera no era muy conversadora, estaba realmente aburrido. Ocasionalmente había intentado charlar con la mujer, pero ésta ignoraba cualquier comentario que no estuviese directamente relacionado a su recuperación. Esto lo llevó a la impaciencia; encerrado en aquel lugar no había forma alguna de entretenerse.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente, provocando un sobresalto en Seth y en Gilda. La luz del sol que comenzó a entrar lo cegó por un instante, luego comenzó a distinguir la forma de un hombre delgado y bajo, con cierto parecido a la joven muchacha que lo había saludado.

<<¿Cuál era su nombre? Bri... Bre... Brigid me parece>>

El hombre se acercó sonriente. Seth permanecía sentado en la cama, por lo que Sam aprovechó el taburete que se encontraba justo al lado.

—Buen día, muchacho. Me llamo Sam Andrianer, soy el encargado de la seguridad en el pueblo.

Gilda emitió una risita burlona. Sam no la escuchó, o hizo caso omiso de su gesto.

—Lamento que te tuviésemos vigilado, pero no te preocupes, no eres nuestro prisionero si es lo que piensas. La realidad es que la gente del pueblo está muy tensa, los bandidos nos han complicado la vida últimamente y por eso me vi en la obligación de tomar algunas precauciones —continuó Sam.

—¿Cómo estás tan seguro de que no soy un bandido?

—Ellos nunca aparecen solos, y no buscarían auxilio en el pueblo que acechan; son unos cobardes. Además, si me preguntas, pareces ser simplemente un joven aventurero. ¿Acaso venías por el festival?

—En realidad, como ya le indiqué a la anciana, no venía a este lugar —Seth se aclaró la garganta al escuchar musitar algunas palabras a Gilda— ¿Dónde estamos? —preguntó finalmente.

El rostro del muchacho exteriorizaba su agotamiento.

—¡Vaya! Eso no le gustará al jefe del pueblo —bromeó Sam, provocando en Seth una divertida sonrisa—. Te encuentras en Nido —explicó el hombre.

—¡Demonios! Al parecer me desvié al norte —exclamó Seth con rostro preocupado.

—Entiendo. No te preocupes, no te preguntaré a dónde te dirigías ni qué te ocurrió. Simplemente te recomiendo que te quedes unos días, Gilda te cuidará y luego podrás seguir tu camino.

—¿Así, sin más? —preguntó Seth.

Sam asintió con la cabeza. El rostro de Seth se tornó reflexivo, entonces sujetó con fuerza el pequeño collar que llevaba al cuello.

—Bien, creo que me quedaré unos días para prepararme. Necesitaba comida, así que aprovecharé el desvío y conseguiré algunas provisiones. Pero no deseo simplemente permanecer aquí esperando con la aburrida señora —dijo señalando a Gilda sin mayor preocupación.

Gilda frunció el entrecejo antes de proseguir con su lectura. El muchacho sonrió y continuó:

—Puedo trabajar para conseguir esa comida. Soy carpintero, sé cazar y además puedo luchar. Sólo necesito un día de recuperación y podré comenzar.

Sam sonrió sorprendido; el ímpetu que mostraba Seth le recordaba a su hija, Brigid. Luego asintió con la cabeza e intentó darle la mano, sin embargo, Seth levantó su puño. Sam soltó una carcajada, luego levantó el puño y lo chocó con el del muchacho.

3. Seth Dranier

Leo se había enterado de la sospechosa llegada de un joven herido a Nido la noche anterior. No se sentía muy confiado respecto a aquel desconocido, pero no lo confesaría a Brigid ya que ésta, en más de una oportunidad, lo había acusado de ser excesivamente suspicaz. Odiaba darle la razón.

Apresuró el paso. Había caído la noche y él aún no regresaba al pueblo; ahora recorría nervioso el camino a Nido, cargando encima la leña que le había encomendado recoger su abuelo. Pensó en como éste, un versado sastre, lo motivaba a incorporarse a dicha profesión, sin embargo, Leo no se sentía muy cómodo confeccionando atavíos, incluso aunque se le daba muy bien por distintas razones.

Su abuelo Loruan era un hombre interesante. Desde pequeño lo había criado con mano firme, siempre inculcando a Leo un sentido del orgullo sobre cualquier otra cosa. Curiosamente jamás le habló de sus padres, no importa cuánto insistiera Leo. Esto hizo que el muchacho sintiera un ligero resentimiento hacia el anciano. Éste, con su duro trato, lo educó en distintas áreas, esperando que Leo se convirtiese en un hombre independiente. Leo deseaba corresponder a su abuelo convirtiéndose en alguien digno de orgullo.

Comenzó a sentir el abrumador frío nocturno, lo que lo hizo espabilar. Sintió escalofríos.

El bosque al que había recurrido para obtener la madera, la Muralla verde, no estaba demasiado lejos de la entrada oeste de Nido, de manera que, al cabo de unos cuantos minutos, se acercó lo suficiente para ver una intensa luz proveniente del pueblo; era demasiado brillante para provenir de una lámpara. Levantó la mirada y advirtió una columna de humo, luego comenzó a sentir un intenso olor a tizne. Algo se estaba quemando dentro de Nido, y podría apostar a que no se trataba de un accidente. Dejó caer la leña y comenzó a correr.

La carrera le aceleró el corazón. Rápidamente alcanzó las vías exteriores del pueblo, una vez allí observó a los alarmados habitantes curioseando desde las puertas de sus casas, entonces se percató de que el humo provenía del norte de Nido. Allí estaba la casa de Brigid, por lo que el pánico se adueñó de su mente; evitó distraerse mientras recorría las calles.

Luego de atravesar numerosas vías en las que no faltaban los vecinos atemorizados por la situación, advirtió que había aumentado la intensidad del hedor de la humareda; se estaba acercando al lugar del incendio. Paró en seco cuando advirtió la causa, confirmando así sus sospechas; en las calles se encontraba un grupo de bandidos que había irrumpido al pueblo, luchando con al menos una docena de miembros de la patrulla de Sam que se defendían como podían. Estos portaban algunas espadas cortas de mala calidad y horcas, mientras que los maleantes utilizaban espadas de resistente acero. Leo vaciló por un instante, pero debía asegurarse de que su amiga estaba a salvo, por lo que reprimió

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

